

EL MAS FAMOSO SANTUARIO DE INGLATERRA

WESTMINSTER

CUMPLE 900 AÑOS

DIECISEIS candelabros, cada uno compuesto de más de quinientas piezas de cristal cortado a mano, destellaban con la avivada iluminación de la Abadía, y los grandes relieves adosados a lo largo de la artesonada bóveda central se destacaban con inusitada brillantez». Así comentaba un cronista inglés la iluminación de la Abadía de Westminster durante la ceremonia conmemorativa del noveno centenario de su fundación, celebrada el 28 de diciembre. La *Westminster Abbey* es, con *Canterbury*, el más famoso santuario de Inglaterra. Y, como ocurre con los santuarios nacionales, su significación rebasa con mucho lo estrictamente religioso: es un símbolo de la historia inglesa; y en ella la política, la exaltación de las glorias y los mitos van unidas a la religión. Por eso las palabras del cronista, que parecen sacadas

A la izquierda, la capilla de Enrique VII, con estatuas metidas en ricos nichos. Tardó dieciséis años en construirse y costó catorce mil libras. En el centro, San Roque, que atendió a los atacados por la peste, mira su rodilla, lugar donde empezó a notar él mismo los principios de la enfermedad.



de la crónica de un salón galante, están ahora más que justificadas. La Abadía no fue nunca catedral (la catedral de Londres es San Pablo), pero en ella los ingleses ven una antología de su historia. Allí en 1289 —el mismo año en que por vez primera en Europa se imprimían naipes con planchas de madera— los Comunes, separados de los Lores, se reunían en la sala capitular y nacía así la moderna democracia inglesa. Mientras el Continente iniciaba seriamente la industria del juego, las Islas iniciaban como en un juego su seria política. Unos años antes, Raimundo Lu-

lio escribía el *Blanquerna*; y, otros después, Dante comenzaba la *Vita Nuova* y el Giotto pintaba en Padua los *Frescos* de la iglesia de Santa María...

Pero la historia de la Abadía empieza muchos años antes. Hace novecientos, Eduardo el Confesor —hombre austero y reverenciado como un santo, según cuentan las crónicas de la época— era enterrado en la iglesia que él mismo construyera sobre una isla del Támesis, junto a las marismas situadas en lo que hoy es parque de San Jaime. Allí, también era coronado el rey sajón Harold y, poco después, Gui-

La iglesia de la Abadía vista desde el Sur, en el patio del deán. Fue comenzada en el siglo XIII, junto al edificio primitivo de Eduardo el Confesor

SIGUE



timental de la monarquía inglesa ha hecho a la Abadía ser lo que es. Son muchos los reyes que van unidos a su historia. Enrique III, en el siglo XIII, comenzó una iglesia gótica sobre el solar de otra normanda próxima a la de Eduardo. Las obras siguieron bajo Eduardo I, Ricardo II, Enrique V y Enrique VII. Esta iglesia es hoy el núcleo principal y en ella han ido acumulándose, con el tiempo, las notas que dan solera a la *Westminster Abbey*.

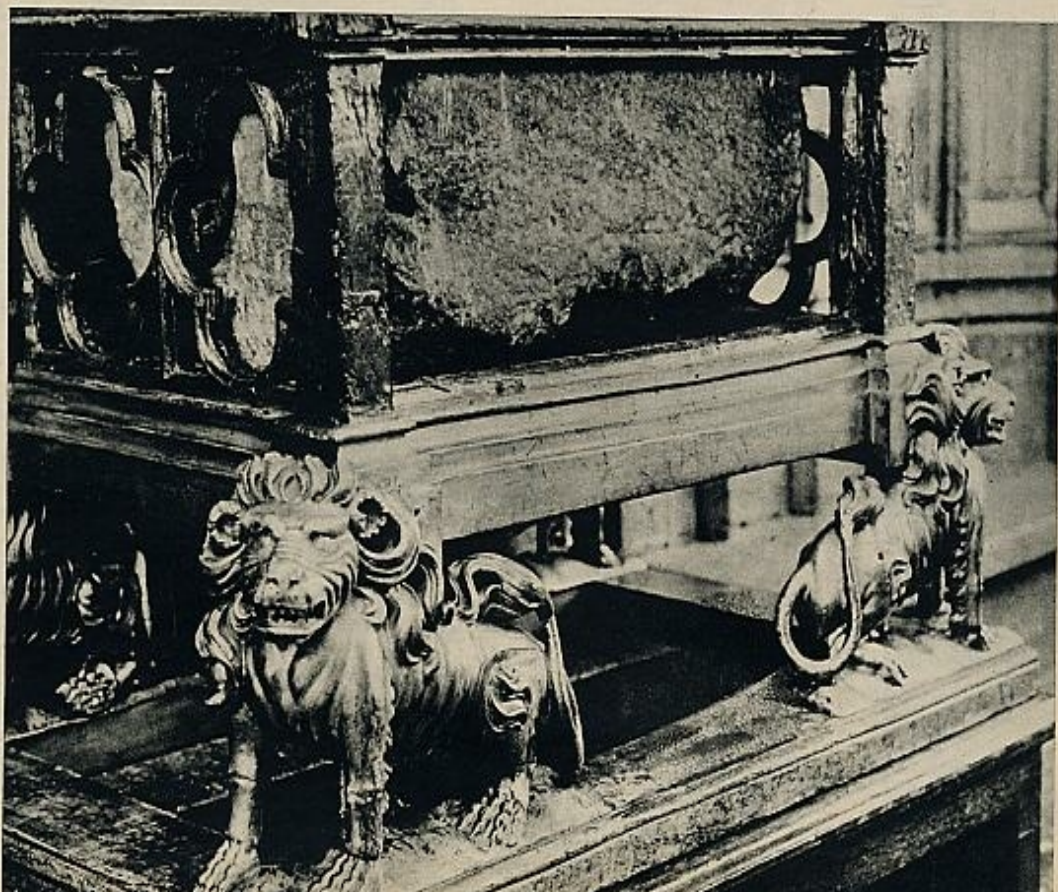
La piedra de Scone es una de esas notas características de la Abadía. Cuando Eduardo I impuso su soberanía en Escocia, la trajo a Inglaterra (1297). En esta misma piedra, según la leyenda, reclinó Jacob la cabeza cuando en Bethel tuvo visiones celestiales (en el Prado hay un cuadro de Ribera que representa este sueño). La bíblica piedra había pasado de Egipto a España y de aquí a Irlanda; en el siglo VI la llevaron a Escocia, donde era la piedra sagrada de la corona. Al traerla a Westminster Eduardo I quiso incorporar el símbolo real escocés al lugar donde la realeza inglesa adquiría la sacralización (el «carisma», según el historiador Kantorowicz, es uno de los rasgos definidores de la monarquía medieval). En 1950, antes de la coronación de Isabel II, varios estudiantes nacionalistas escoceses la robaron para significar su

protesta contra la unión a Inglaterra. Afortunadamente para el utilitario formalismo inglés la Piedra de Scone se recuperó a tiempo de figurar bajo el trono, su sitio habitual, el día 2 de junio de 1953, en la ceremonia de coronación de Su Graciosa Majestad: la tradición seguía su marcha inextinguible. ¡God save the Queen!...

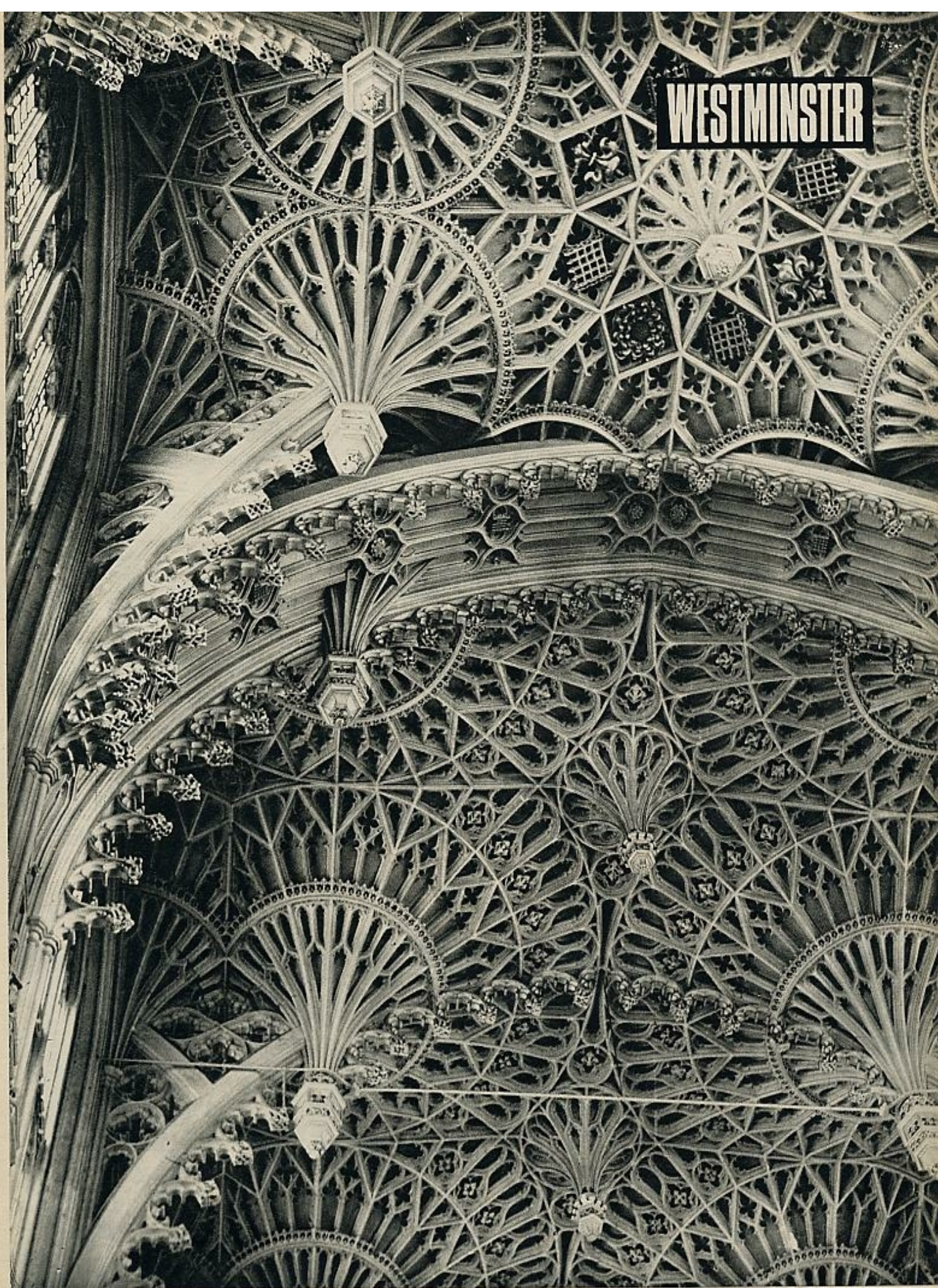
Aparte de este robo propagandístico —que da a su historia una semejanza a Fangio, Di Stéfano o el Menneken Pis, también secuestrados por motivos de publicidad política— la Piedra de Scone salió otra vez de la Abadía. En 1653 Oliverio Cromwell se hizo proclamar sobre ella Lord Protector en Westminster Hall: la República seguía la tradición. El viaje de la soberana piedra no fue en verdad muy largo. Pero para que ella pudiese realizar este turismo urbano la también soberana cabeza de Carlos I tuvo, en 1649, que emprender un largo viaje hacia la noche. Años antes Carlos había estado en España en visita privada —«riguroso incógnito», diríamos hoy— para negociar su matrimonio con la infanta María, hermana de Felipe IV. El cronista de la estancia, regia y casamentera, fue uno de los grandes gaceteros españoles: Andrés Almansa de Mendoza, un sevillano fino como el aire, que hoy dejaría pequeños a Raymond Cartier y a Oriana Fallaci. **SIGUE**

Arriba, el Coro cuyos sitials están asignados al deán, alcalde de Westminster y a los comisionados de todos los países de la Commonwealth. Abajo, la famosa Piedra de Scone, situada bajo el sillón de la coronación. Sobre ella reclinó Jacob su cabeza. La piedra estuvo en Egipto, España, Irlanda y Escocia, de donde fue a Westminster en 1297. En 1950 la robaron nacionalistas escoceses, pero pudo recuperarse y figurar bajo el trono en la coronación de Isabel II el 2 de junio de 1953.

llo el Conquistador pasaba el canal y los normandos dominaban sobre los sajones. Guillermo recibió también en la Abadía de corona de Inglaterra. A partir de entonces todos los reyes, desde Harold hasta Isabel II, recibieron su corona en la Abadía. Eduardo el Confesor fue canonizado e Inglaterra tuvo su rey santo, como otras naciones europeas (San Luis, en Francia; San Fernando, en Castilla...). Ser coronado junto a la tumba de un rey santo, que representaba a la vieja Inglaterra, sacralizaba el rito de la coronación y daba además a la ceremonia la pátina de lo tradicional. Esto en Inglaterra siempre fue importante y acaso por ello la Abadía expresa, en cierta manera, la unión de la Iglesia y el Estado, teniendo a lo largo de su dilatada historia un trato especial. Fue independiente del control episcopal y sólo el Papa, antes de la Reforma, tenía jurisdicción sobre ella. Cuando Enrique VIII rompió con Roma, el deán y los canónigos gozaron del favor regio a pesar de la disolución de los monasterios. Esa ligazón sen-



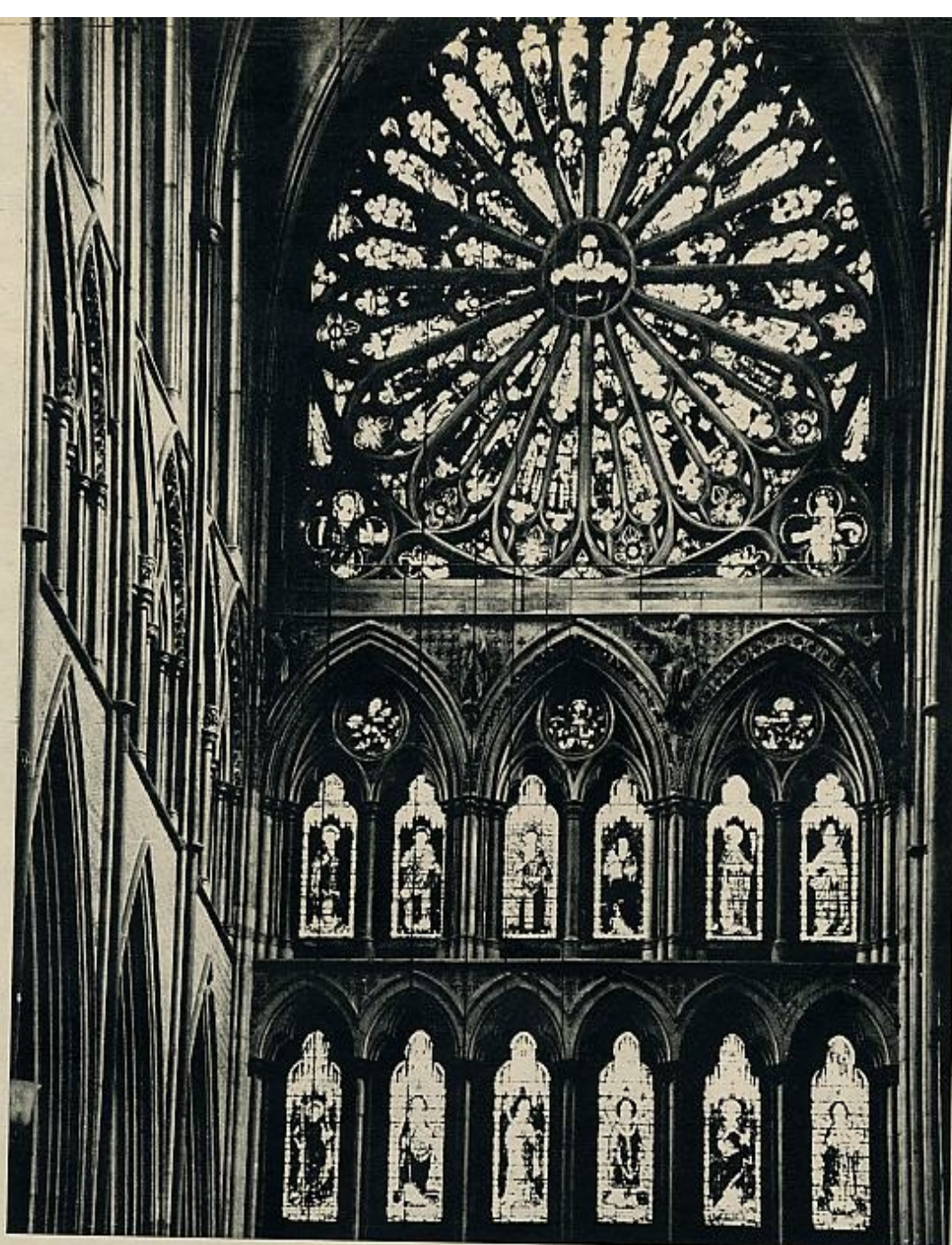
WESTMINSTER



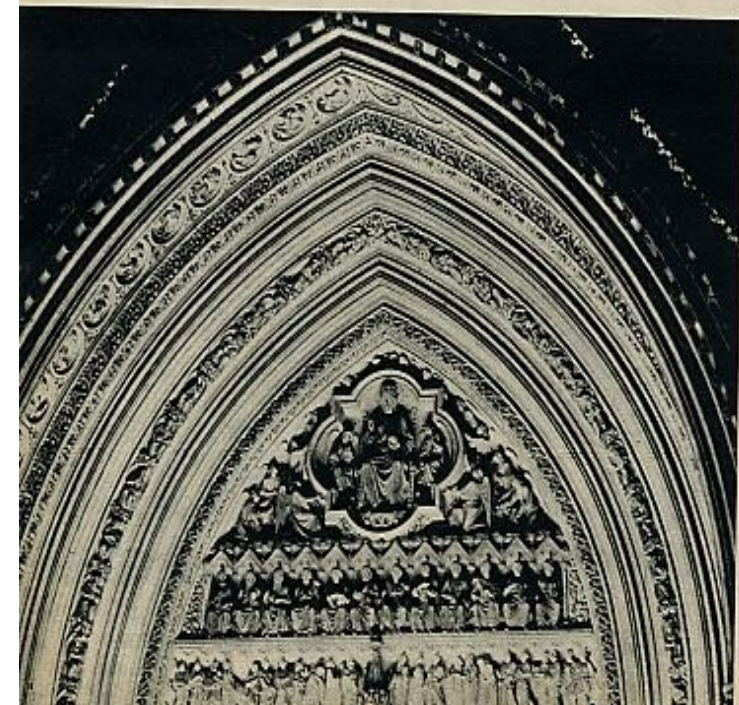
El techo de la capilla de Enrique VII. «Loco encaje de piedra», le han llamado y con razón. Está considerado como una maravilla de la arquitectura, por su trabajo delicado y sus pendientes que cuelgan en el aire. El coste de la construcción lo pagó el rey Enrique VIII, el Barba Azul inglés, para acallar su mala conciencia.

Almansa describe en una de sus relaciones la corrida de toros celebrada en la Plaza Mayor en honor del monarca inglés, que como buen turista quería ver la «bull-fight». Y ya entonces aquellos toros, grandes como el minotauro de Tesco, parecían chicos a los aficionados castizos. (Otro periodista español, el noticierista granadino Herriquer de la Jorquera, en la primera crónica taurina conocida, habla de una corrida en la Plaza de Vibarrambla donde hubo treinta y dos muertos!).

La Abadía está llena de anécdotas. Tanta que decir eso de «que la sola enumeración sería interminable» es ahora una verdad tan grande como... una abadía. Los ingleses la consideran, entre otras cosas, como un panteón de hombres ilustres: allí están enterradas las glorias insulares. Es la tradición y la costumbre, la sublimación de los Comunes y el «roast-beef», el «Common Law» y el té de las cinco... Y la parte de esas glorias que no encontró allí su póstumo homenaje funerario está representada por sus nombres. Pitt, Palmerston, Peel, Newton, Darwin, Fox, Livingstone, Macaulay, Chaucer, Dickens, Thackeray, Haendel, Goldsmith, además de muchos soberanos ingleses, tienen tumbas en las naves o nombres en el pavimento. Hay un sepulcro dedicado al Soldado Desconocido, sobre tierra belga. Una capilla homenaje a los hombres de la R.A.F. que murieron en la «Batalla de Inglaterra» (8 de agosto a 31 de octubre de 1940) defendiendo Londres contra las incursiones de la Luftwaffe. Una placa en memoria de Roosevelt. Y el Claustro del Oeste, donde los mu-



Arriba, ventana de la Rosa de los Vientos en el crucero sur. Alrededor de Cristo, figura central, dieciséis figuras simbolizan las Virtudes y las Ordenes angélicas. Abajo, la puerta norte del Pórtico de Salomón, donde Cristo imparte la bendición a figuras de la historia inglesa. A la derecha, la «Nave de los Políticos»; el primero, Robert Peel; el segundo, Gladstone vestido con toga romana, cuatro veces ministro en el mismo siglo, en actitud de dirigirse a la Cámara de los Comunes.



WESTMINSTER



Miembros del Coro en el Claustro del Oeste. Los monjes meditaban y paseaban por aquí. Dos de ellos —«esplás de los hermanos»— supervisaban su comportamiento. Otro monje —«hermano de novicios»— daba clases a los muchachos y jugaba con ellos en los recreos al juego de «los 9 agujeros», cuyas huellas se conservan aún.

chachos de Westminster recibían instrucción del maestro de novicios, que durante el recreo jugaba con sus alumnos a «los 9 agujeros» cuyas huellas aún continúan...

Pero acaso el lugar más literario de la Abadía sea el *Poets' Corner*, «El rincón de los Poetas», donde está enterrado Chaucer, autor de *Los Cuentos de Canterbury*, una de las más grandes obras de la literatura inglesa. Chaucer, como Cervantes, llevó una vida ajetreada aunque más afortunada en sinecuras y favores reales. A los cincuenta y nueve años pasó a vivir en una casa del jardín de Westminster. Oficial de obras, al morir, su casa fue de-

ruida para construir la capilla de Enrique VII, cuyo techo —«loco encaje de piedra»— es tal vez lo más espectacular de la Abadía. En 1503 se colocó la primera piedra y dieciséis años después quedó terminada, siendo rey Enrique VIII, el Barba Azul de la monarquía inglesa, que pagó de su bolsillo las catorce mil libras (unos dos millones y medio de pesetas actuales) que costó la edificación. Este generoso pago, realizado, naturalmente con dinero tributado por los sufridos súbditos, fue hecho según algunos para acallar su mala conciencia...

Ahora, las fiestas conmemorativas están en su auge, y durarán todo el año... Es natural: no to-

dos los días se cumplen novecientos años; sólo una vez cada nueve siglos. Y por eso la prosa de los cronistas ingleses, y todo el «chauvinismo» que puedan imitar de los franceses, está justificada. Y los dieciséis candelabros, cada uno compuesto de más de quinientas piezas de cristal cortado a mano, pueden destellar. Y los grandes relieves de la artesonada bóveda central pueden destacar con toda la inusitada brillantez que quieran. Y las exhibiciones de manuscritos y las ventas de medallas, libros y «souvenirs» y los conciertos y recitales y las ceremonias y evocaciones y las profundas iluminaciones que realzan las vistosidades y las fiestas y discursos... Después de to-

do son nueve siglos, novecientos años, trescientos veintiocho mil quinientos días, más doscientos veinticinco veintinueve de febrero de los bisiestos... ¡La *Westminster Abbey* se ha ganado bien su noveno centenario...!

La *Westminster Abbey*, ya lo hemos dicho, es una antología de la historia inglesa. Y como todas las antologías no se puede ver de un tirón, porque cansa. Stendhal —creo recordar— dijo que sólo hay una cosa más aburrida que hacer un viaje a Italia: contarla. Si ver una antología de un tirón, cansa; contarla es mucho peor. Por eso hay que terminar aquí.

VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO

(Reportaje gráfico de John Stone, Camera Press-Agencia Zardoya)